

Alberto Ruiz González

EL BEATO MARIO BORZAGA
y los mártires de LAOS



MÁRTIRES SIGLO XX

El beato Mario Borzaga y los mártires de Laos

100XUNO

Colección
Mártires del siglo XX
nº 14

Dirigida por Juan A. Martínez Camino

Alberto Ruiz González

El beato Mario Borzaga
y los mártires de Laos



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2023
Prólogo de Luis Ignacio Rois Alonso, omi

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

100XUNO, nº 127

Esta obra ha sido publicada con la colaboración del Instituto de Estudios Históricos de la Universidad CEU San Pablo

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-170-0

Depósito Legal: M-34053-2023

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda, 20 - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
I. CERCANOS EN LA LEJANÍA.....	15
Superando la distancia.....	16
Cercanos humana, histórica y eclesialmente.....	19
Los santos de «el Continente» de al lado.....	30
II. OBLACIÓN, MISIÓN Y MARTIRIO EN LAS FUENTES DEL CARISMA.....	33
La vida religiosa y el carisma de fundador.....	36
La oblación o el carisma del fundador.....	39
El Prefacio, como signo del carisma fundacional: misión, oblación y martirio.....	43
Oblación, misión y martirio intrínsecamente relacionados.....	49
III. EL P. MARIO BORZAGA: UN HOMBRE FELIZ.....	53
La oblación o el deseo de entrega.....	57
La oblación y la realidad de la misión.....	68
La oblación como forma de vivir los consejos evangélicos.....	82
La oblación como donación de la vida en el martirio.....	102

IV. LA COMUNIDAD MARTIRIAL, SIGNO DE COMUNIÓN Y SINODALIDAD.....	121
Cinco nuevos oblatos en la comunidad del cielo	124
<i>El beato José Boissel</i>	124
<i>El beato Juan Wauthier</i>	129
<i>El beato Vicente L'Hénolet</i>	135
<i>El beato Miguel Coquelet</i>	141
<i>El beato Luis Leroy</i>	147
Compañeros de camino, colaboradores en la misión, hermanos en el martirio	154
<i>El beato Thoj Xyooj, laico catequista</i>	154
<i>El beato Lucas Sy, laico catequista</i>	160
<i>El beato Maisam Pho Inpeng, laico</i>	164
<i>El beato Tomás Khamphewane, alumno catequista</i>	165
«Después de esto vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar» (Ap 7,9).....	171
<i>El beato José Thao Tien, sacerdote</i>	171
<i>El beato Juan Bautista Malo, sacerdote</i>	172
<i>El beato René Dubroix, sacerdote</i>	172
<i>El beato Noel Tenaud, sacerdote</i>	173
<i>El beato José Outhay, laico catequista</i>	173
<i>El beato Marcelo Denis, sacerdote</i>	173
<i>El beato Luciano Galan, sacerdote</i>	174
V. POST SCRIPTUM.....	175
LOS 17 MÁRTIRES DE LAOS, BEATIFICADOS EL 11 DE DICIEMBRE DE 2016 POR EL PAPA FRANCISCO EN VIENTIANE, CAPITAL DE LAOS.....	181
BIBLIOGRAFÍA	185

*Quiero expresar un profundo agradecimiento
al P. Roland Jacques, omi.
Todas las biografías de los mártires
reseñadas en el cuarto punto de este libro
son fruto de su trabajo como postulador de la causa.
Nosotros los hemos traducido y sintetizado,
para poder ofrecerlos al público de lengua española.*

*Igualmente, he de mencionar a mis amigos
Ángel, Julio, Martha y Lorena,
sin cuya inestimable ayuda
este escrito no hubiera sido posible.
Sobre todo, doy gracias a Dios
por ponerles en mi camino:
sinodalidad existencial,
apoyo mutuo,
felicidad compartida.*

PRÓLOGO

«Lo importante no es cuántos años vives, sino la intensidad con que vives los años. Mario Borzaga y Teresa de Lisieux vivieron con mucha intensidad sus pocos años de vida». Así me decía una religiosa del Carmelo de Tánger (Marruecos) que se enamoró del *Diario* de Mario Borzaga en el tiempo en que estuvo en Roma. En efecto, el beato Mario muere a los 27 años, con unos dos años y medio de experiencia misionera en Laos. ¿Qué es lo que atrae a tantas personas de este sencillo diario escrito por un joven misionero que da sus primeros pasos en un país extraño? ¿Qué puede enseñarnos alguien con una vida, que algunos pensarían es incompleta, y una muerte sin aparente sentido? ¿Cuál es su secreto? Creo que el P. Alberto Ruiz González acierta al decir que «más allá de su sencillez y simpatía, si algo resulta especialmente atractivo de este beato, es su sinceridad, su forma de percibir la realidad y la sensación de que nos entiende cuando nos sentimos débiles y mediocres ante Dios».

Mario Borzaga sueña con ser ese santo misionero descrito en las primeras páginas de las Reglas de los Oblatos,

escritas por el mismo Fundador y conocido entre ellos como *el Prefacio*. Él y los otros beatos oblatos mártires de Laos, han leído y meditado incontables veces este Prefacio que propone a los oblatos «trabajar seriamente por ser santos» y «renunciarse a sí mismos, sin más miras que la gloria de Dios, el bien de la Iglesia y la edificación y salvación de las almas» estando dispuestos a «sacrificar bienes, talentos, descanso, la propia persona y vida por amor de Jesucristo, servicio de la Iglesia y santificación de sus hermanos; y luego, con firme confianza en Dios, entrar en la lid y luchar hasta la muerte por la mayor gloria de su Nombre santísimo y adorable». Ese es su sueño, su ideal.

Pero en el día a día Mario se percibe pobre, miedoso, mediocre, incapaz de superarse a sí mismo. La soledad pesa demasiado y piensa que tiene un temperamento demasiado tímido para ser misionero en Laos. «Mi cruz soy yo: me santiguo. Mi cruz es el lenguaje que no puedo aprender. Mi cruz es mi timidez que me impide decir una palabra a un laosiano. Mi cruz es detestar sordamente a los que debería amar: los laosianos; pero por ellos tendré que dar toda mi vida», escribirá en su *Diario*. Además, es incapaz de dejar de fumar, algo que él interpreta como una señal de su falta de entrega a Dios. ¿Cómo no sentir que Mario es uno como nosotros, es uno de los nuestros?

En este corazón roto de Mario también hay un gran deseo de ser santo. Este es el motor que le hará irse

preparando para la entrega total. Mario se irá dando cuenta de que la misión es de Dios: «¿Quizás Él también necesita de los temerosos, de los tímidos, de los perezosos, para ensanchar Su Reino? Creo que sí, porque solo Él me ha llamado a esta aventura de ser santo entre el pueblo meo». Esto le hace luchar una y otra vez porque «Él todavía nos ama y todavía cree en nosotros». El verdadero secreto es su relación con Jesús, a quien quiere amar cada vez más, a pesar de su mediocridad. Qué bello es un corazón capaz de decir a Jesús: «Señor, di a todo el Paraíso que no te amo, pero que te he amado mucho».

Acierta el autor de este libro, el P. Alberto Ruiz González, omi., al declarar que el secreto de los mártires de Laos estuvo en vivir con profundidad tres elementos esenciales de su carisma misionero, a saber, seguir a Cristo a través de **la oblación, la misión y el martirio**. Elementos que se enriquecen mutuamente. La oblación es la vida entregada para vivir el Evangelio a través de los votos religiosos, oblación que se realiza en la entrega misionera cotidiana desde el martirio de la caridad. Dirá el beato Borzaga en su *Diario*: «No basta ser buenos, hay que ser santos y mártires del Amor y de la Caridad». Vivir esto cotidianamente va preparando los corazones a una entrega total en el momento definitivo.

Ellos que siempre quisieron seguir a Jesús predicando el Evangelio, lo abrazan muriendo como Él, obedientes al Padre. En efecto, la Iglesia les pedirá permanecer en su puesto y no abandonar a la fragilísima comunidad cristiana.

La amenaza cada vez es más real. «El Obispo ha llamado a todos los Padres... Parece que los Viet siguen masacrando. Todos los Padres están advertidos de las disposiciones de la Santa Sede para el tiempo de las persecuciones. ¿Qué será de nosotros?», escribe Mario, para luego añadir: «estamos en las manos de Dios, por lo tanto calma ante todo, serenidad y Fe». Poco a poco vemos cómo cada mártir se abre a esta dimensión de fe en todo lo que acontece, aceptando entregar su vida: no se la quitan, ellos la entregan voluntariamente. En esto se identifican con Jesús, amando hasta el extremo.

No quisiera dejar de mencionar el acierto de presentarnos, junto con las figuras martiriales de los religiosos y sacerdotes, las otras figuras de los laicos beatificados con ellos. Son personas que se han comprometido con la misión de la Iglesia y con la evangelización de sus propios compatriotas. Una historia de formación y vida compartida con los misioneros extranjeros les ha hecho solidarizarse con su suerte, tanto en la misión cotidiana como en lo que será su último destino. Prefieren acompañar y morir con los religiosos antes que escapar para mantener la vida. Su testimonio es sin duda un reto luminoso para todo el Pueblo de Dios de todos los tiempos.

¿Son actuales los beatos mártires de Laos? Lo que este libro narra no son pías historietas del pasado. Los mártires, hombres como nosotros, dicen sí a la voluntad de Dios, perseverando en el servicio cotidiano a los más pobres y en su fidelidad a Jesús y a su Iglesia. Ellos nos muestran que

es en la vida cotidiana donde se juega todo, invitándonos a ser testigos de Jesús en cada momento y circunstancia, en la salud y en la enfermedad, desde la vocación que hemos recibido, entregándonos generosamente, abrazando el camino de la santidad, viviendo la caridad, siendo testigos de Jesús hasta el final. Vale la pena aventurarse a leer la historia de Mario Borzaga y sus compañeros mártires para comprender que Dios cuenta con nosotros para mostrar su misericordia a todos. Quizás no somos perfectos, pero, como el P. Alberto nos recuerda, citando a Leonard Cohen, «Olvida tu ofrecimiento perfecto. Hay una grieta en todo. Así es como pasa la luz».

Luis Ignacio Rois Alonso, omi.

Superior General de los Misioneros
Oblatos de María Inmaculada

I. CERCANOS EN LA LEJANÍA

El valor de un oxímoron consiste en otorgar un nuevo significado a dos términos opuestos en su origen, con el fin de llevarnos más allá de esa contradicción aparente. De ahí la elección de *cercanos en la lejanía*, como modo de expresar una experiencia real en la que nuestro espíritu supera la limitación de los patrones de pensamiento corrientes. Acercarnos a lo conocido como *lejano oriente* —vuelta a la paradoja— nos desvela una realidad que invita a acogerla limpiamente, tal y como nos aparece en su desnudez: la de unos hombres y mujeres que alcanzaron la plenitud cristiana y, por ende, humana, mediante el supremo testimonio del martirio.

La posible lejanía suscitada al escuchar *Laos* proviene, en un primer momento, de un desconocimiento general. El nombre de este país de la península Indochina tuvo un pequeño impacto en las noticias políticas de España a finales del siglo XX, pero seguramente nos costaría situarlo en un mapamundi. No digamos ya conocer su historia, su cultura y su política. Por eso, el objetivo de este primer capítulo es derribar esta distancia mediante una breve incursión

en su historia reciente, para señalar, posteriormente, tres experiencias de cercanía que pueden convertir a los mártires de Laos en un modelo para nosotros, cristianos del siglo XXI que habitamos en un país y una cultura diferentes. He ahí la grandeza de la catolicidad y la riqueza de pertenecer a una misma Iglesia por un solo bautismo, una universalidad que podemos expresar parafraseando a Pedro Salinas en su defensa de las cartas: «Saltándose las lejanías y venciendo los aislamientos».

Superando la distancia

Una de las condiciones necesarias para poder amar algo es conocerlo. Es cierto que en la Iglesia católica, por su naturaleza, todo es de todos, como dice san Pablo (cfr. 1 Cor 3,19-23). Pero no lo es menos que el desconocimiento de la existencia de tantas historias de personas, martirizadas por Cristo, impide que sean un estímulo para nosotros. De ahí nuestro deseo de adentrarnos en las raíces culturales y vitales de aquellos 17 hermanos beatificados por su martirio en Laos, representantes de muchos otros que sufrieron y dieron su vida en circunstancias semejantes, aunque sus nombres no hayan llegado hasta nosotros y sea difícil calcular su número.

Como hemos indicado al comienzo, Laos es uno de los cinco países que forman la península de Indochina junto a Birmania, Tailandia, Camboya y Vietnam, haciendo frontera con todos ellos y añadiendo un terreno fronterizo con el sur de China. De esta situación geográfica puede

deducirse su implicación, directa o indirecta, en una de las guerras más conocidas de finales del siglo XX, aunque solo sea por su aparición en numerosas películas norteamericanas. Pero antes de avanzar tanto, retrocedamos a sus posibles orígenes, a fin de comprender mejor su mentalidad y su cultura.

El inicio mítico-poético de este país asiático aparece ya en su nombre, pues al que fuera reino de Lan-Xang también se le conoce como el *Reino del millón de elefantes y la sombrilla blanca*. Si bien el origen de los pueblos se pierde en la siempre misteriosa línea del tiempo, una primera fecha significativa acerca de la unidad de las múltiples etnias que componen el actual Laos es 1353, cuando Fa-Ngum es nombrado rey, situando la capital en Luang-Prabang, ciudad que debe su nombre a la imagen más antigua de Buda conservada allí. Este dato nos ayuda a realizar una puntualización sobre su religión mayoritaria, el budismo, considerada durante siglos religión de Estado, de la cual el rey era el protector. Algunos escritores sugieren que de esta tradición procedería un carácter popular marcado por el espíritu de tolerancia, el sentido de humildad, el amor a la libertad y la fidelidad a las amistades.

No obstante esta visión benevolente de su población, la historia de Laos, si tomamos la fecha indicada como un primer punto de referencia, ha estado marcada por diversidad de conflictos, algunos externos y otros internos, lo que ha condicionado profundamente su constitución



En el sur de Laos el P. **Noel Tenaud M.E.P. (1904-1961)** nacido en Vendée (Francia), era miembro del Instituto Misionero

Misiones Extranjeras de París. Junto a su fiel catequista **José Outhay (1933-1961)**, oriundo de Tailandia, fue secuestrado y asesinado en Savannkhet (Laos) en 1961.



El P. **Marcelo Denis M.E.P. (1919-1961)** nacido en Francia, era miembro del instituto misionero *Misiones Extranjeras de París* y fue hecho prisionero durante un tiempo. Posteriormente fue asesinado en Khammouane (Laos)

en 1961. Uno de sus hermanos escribió: «Todos ellos eran misioneros dignos de alabanza, preparados para cualquier sacrificio. Vivieron en gran pobreza y su dedicación no conocía límite. En los momentos de prueba, todos nosotros, de alguna manera, aspirábamos al martirio, deseando entregar nuestras vidas totalmente a Cristo. No temíamos arriesgar la vida. Todos queríamos llegar al más pobre entre los pobres, visitar sus aldeas, cuidar a los enfermos y, sobre todo, anunciar la Buena Noticia de Jesús».



El P. **Luciano Galan M.E.P.** (1921-1968), oriundo de Francia, era miembro del Instituto Misionero *Misiones Extranjeras de París* y comenzó su vida misionera en China. Posteriormente fue enviado a Laos. El P. Luciano Galan visitaba con frecuencia a algunos catecúmenos aislados en el llamo de Boloven. Por el peligro que ello suponía, su pupilo laosiano, Tomás Khampheuane, de 16 años, a quien ya hemos conocido con mayor profundidad, decidió acompañarlo. En su camino de regreso los enemigos les esperaban escondidos. Ambos fueron asesinados en Paksong (Laos) en 1968.

El beato Mario Borzaga y los mártires de Laos

En 2016 el papa Francisco beatificó en la capital de Laos a un grupo de diecisiete mártires —sacerdotes, religiosos y laicos— que habían dado su vida por Cristo en aquellas tierras entre 1954 y 1970. Este libro da noticia de todos ellos. Eran misioneros y colaboradores de los Oblatos de María Inmaculada.

Mario Borzaga, natural de Trento, había llegado a Laos en 1957, recién ordenado sacerdote. Fue martirizado poco después, en 1960, a sus 27 años. Escribió un precioso diario que da voz a su vocación de misionero oblato, que ofrecía su vida por amor a Jesucristo, e ilumina la peripecia martirial de aquel grupo de testigos del Evangelio del perdón y la paz.

Su testimonio se une al de millones de mártires del siglo XX, que brillan como aurora de una mañana de Esperanza en la cerrada noche de unos tiempos atormentados, nada lejanos.

